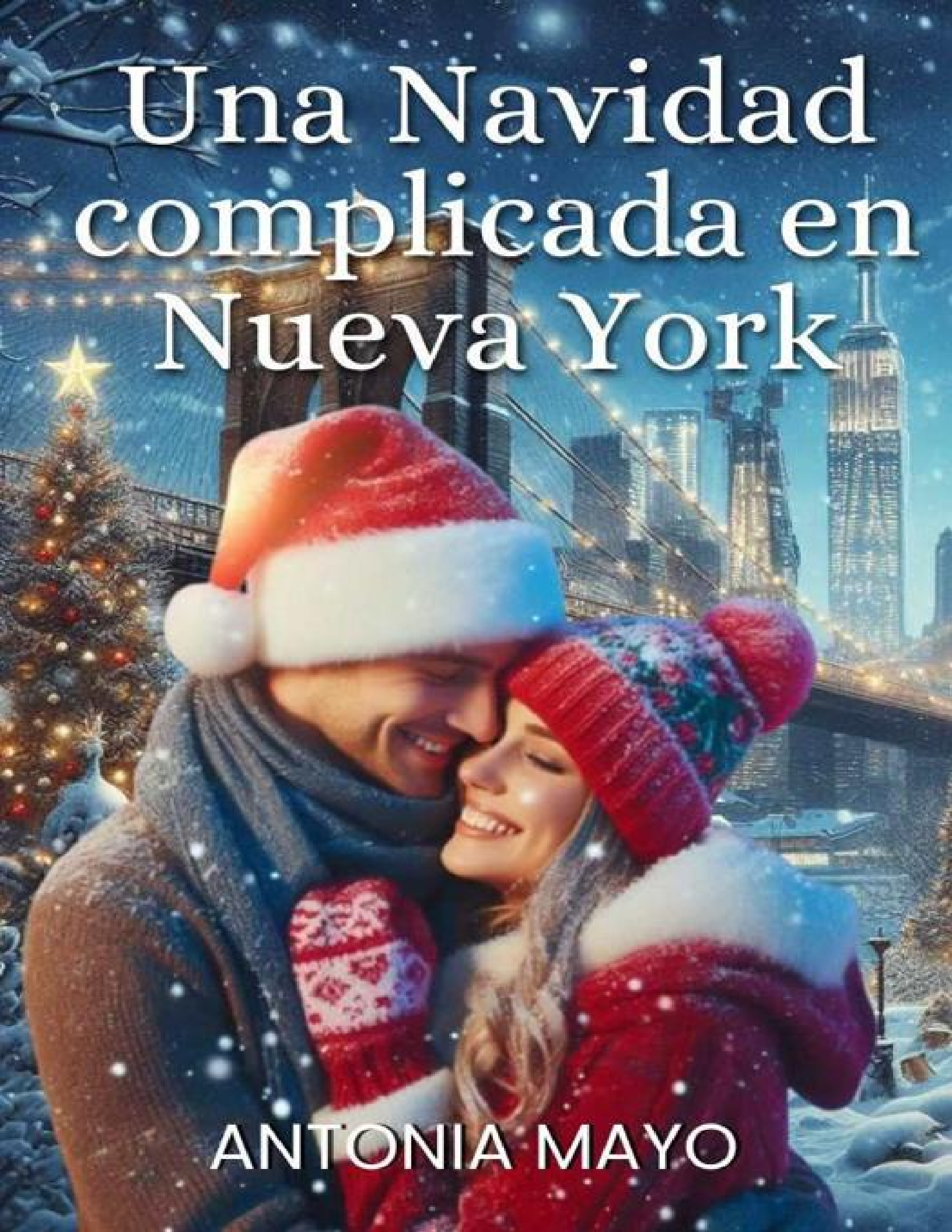
Una Navidad complicada en Nueva York



ANTONIA MAYO

Una Navidad complicada en Nueva York

ANTONIA MAYO

Derechos de autor © noviembre 2024
Antonella Maggio
Este es un cuento ficticio.
Todos los nombres, personajes, instituciones, lugares y episodios son el resultado de la imaginación del autor y no deben considerarse reales. Las semejanzas con hechos, personas, nombres, instituciones deben considerarse coincidencias.
De acuerdo con la Ley de Derechos de Autor y el Código Civil, está prohibida la reproducción de este libro o de cualquier parte de este por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, microfilm, grabación o de otro tipo.

Diseño gráfico: Antonella Maggio

1
2
3
4
5
6

Si las conversaciones entre Christopher y su mejor amigo no fueran siempre tan ligeras, probablemente nunca se habría encontrado discutiendo, delante de la nueva dependienta de la librería, su opinión sobre las mujeres divorciadas con hijos. Lástima que justamente Maya, la nueva librera, sea una joven madre con un matrimonio fallido a sus espaldas.
En una Nueva York que brilla con luces navideñas y nuevas esperanzas, Maya y Christopher se encuentran cada día codo a codo. Sin embargo, entre los dos parece crecer una distancia insalvable hecha de malentendidos. Y aun así, con la magia de la Navidad todo es posible, incluso ablandar los corazones más desconfiados y dar una segunda oportunidad.

1

Continúo mirando a Asha, con las manos en la cintura, a unos metros de distancia, mientras hojea el libro que le compré esta tarde.

Sacudo la cabeza, incrédulo.

Estaba tan feliz cuando entramos en la librería, ¡al punto de que no pudo contener un grito histérico y emocionado cuando le dije que podía elegir un libro para llevarse a casa, como si le hubiera regalado un cachorro!

Y todos sabemos cuánto enloquecen los niños por los animales.

James, a mi lado, no para de reírse, como lo ha hecho sin descanso desde que salimos de la sección de literatura infantil de McNally Jackson Books.

—No sé qué es más divertido —comenta, con ese tono irónico que parece no abandonarlo nunca —: ¿Tú haciendas de niñero de tu sobrina durante dos semanas mientras tu hermana se divierte en Kenia o el papelón que hiciste con la nueva dependienta?

—La culpa es tuya —le respondo, resignado.

Si nuestras conversaciones se centraran en temas distintos a deportes y mujeres, no me habría encontrado discutiendo en público una opinión discutible sobre las mujeres divorciadas con hijos. A diferencia de James, que no tiene reparos ante nadie siempre que sea mujer, yo aún tengo algunas reservas cuando se trata de relaciones complicadas. Pero ¿cómo podía saber que Maya —ese es el nombre en la etiqueta del uniforme de la rubia—, que trabaja allí en la librería desde hace menos de una semana, es divorciada y tiene un hijo?

Nunca lo habría imaginado, dada su juventud, y tampoco lo habría descubierto si James no hubiera intentado impresionarla justo delante de mí. Ella simplemente esbozó una sonrisa mezcla de desdén y lástima, declinando la invitación y poniéndonos al tanto de su situación familiar. En otras circunstancias, también lo habría encontrado divertido, pero considerando que James y yo gestionamos la cafetería dentro de la librería, eso solo significa una cosa: la veré a menudo, y seguramente seguirá mirándome con desdén.

—Que te sirva de lección, Christopher —exclama James, dándome unas palmaditas en el hombro—. Así, tal vez aprendas a no despreciar a cualquier muje-

Me doy la vuelta bruscamente y lo detengo antes de que pueda continuar.

—Te lo advertí, James. —Mis ojos se estrechan en una expresión severa, y él suspira, visiblemente frustrado—. Mientras mi sobrina esté aquí con nosotros, no quiero escuchar palabrotas ni ninguna referencia al sexo salir de esa bocaza que tienes.

2

He empezado la cuenta regresiva desde que mi hermana y Juma se fueron. Solo ha pasado un día y ya estoy deseando que regrese, para poder devolverle el "favor".
Aún no me explico cómo se les ocurrió dejarme a cargo de una niña de siete años. Yo, que todavía hoy necesito poner diez alarmas por la mañana para asegurarme de levantarme, y que, a pesar de todo, siempre llego tarde. Y luego, como si no fuera suficiente, he tenido que poner en pausa mi vida, con todos mis hábitos poco saludables —desde las borracheras en los bares hasta las noches en vela, pasando por las mujeres que llevo a casa— para ocuparme de Asha.
Por caridad, la adoro, pero pasar de ser el tío divertido por unas horas a la semana a cuidarla veinticuatro horas al día, durante quince días... Es una suerte que esa pequeña mocosa sea tranquila y que, al menos en apariencia, no haya heredado los genes turbulentos de mi familia.

– ¡Hola, tío! –me saluda ella, agitándose y lanzándome besos al aire antes de entrar en la escuela.
Le devuelvo el saludo, con menos entusiasmo, y apenas estoy seguro de que ha entrado al edificio, levanto la muñeca para mirar el reloj y ver cuánto he llegado tarde. Para mi sorpresa, me doy cuenta de que hasta he llegado a tiempo para abrir la cafetería, un milagro considerando que se acerca la época navideña en Nueva York, con el tráfico y los turistas abarrotando las primeras vitrinas decoradas. Pero justo cuando estoy a punto de felicitarme a mí mismo, me giro y me encuentro sosteniendo en mis brazos a Maya, que literalmente choca conmigo de la nada. Para evitar que se caiga hacia atrás, mis manos se posan instintivamente en sus caderas.

– Perdón –exclama distraídamente, sin siquiera levantar la mirada.
– ¡Mamá, me voy! –grita al mismo tiempo un niño de la misma edad que mi sobrina, pasándome al lado mientras suelta la mano de su madre.
Y la madre en cuestión es precisamente ella: Maya.
– ¡Daniel! –le reprende, pero el niño ya ha entrado en la escuela.
– Ejem –me aclaro la garganta, tosiendo para llamar su atención.
Dejo caer mis manos de sus caderas y doy un paso atrás mientras Maya finalmente levanta la mirada y me reconoce.
– ¡Tú!
No me apunta con el dedo, pero su tono está lleno de sorpresa y resentimiento. Y no puedo culparla.
– Christopher –digo, extendiendo involuntariamente una mano hacia ella, ya que no tuvimos la oportunidad de presentarnos.
Maya, sin embargo, no tiene intención de estrechar mi mano.
La observo cruzar los brazos sobre el pecho, como protegiéndose del frío y de mí, y apenas entrecierra sus ojos verdes, enmarcados por pestañas cubiertas de rímel negro. Solo ahora me permito mirarla bien y apreciar su apariencia. Es bonita, y bastante, con su abrigo color galleta, un gorro de lana verde Tiffany ajustado que resalta su largo cabello rubio.

En esta postura, está claramente en pie de guerra.

– Sácame de una duda, Christopher. “Ni en sueños me complicaría la vida con mujeres divorciadas y con hijos a cargo, aunque se acabaran todas las mujeres en el planeta” –imita mi voz, repitiendo mis palabras exactas de ayer en la librería. Quisiera sonreírle, pero algo me dice que no le gustaría. –¿Y luego te encuentro aquí, fuera de una escuela primaria?
– No tengo hijos, si eso es lo que te preguntas –respondo, con brusquedad–. Acabo de acompañar a mi sobrina Asha -.
Su expresión cambia rápidamente, pasando de hostil a sorprendida.
– ¿Asha es tu sobrina?
– Es hija de mi hermana, así que sí, soy su tío –respondo–. Si no fuera por los rizos y el color oscuro de su piel, heredados de su padre, sería idéntica a mí de pequeño, ¿no crees?
No sé por qué lo digo, tal vez para aliviar un poco la tensión. Tengo ojos claros y cabello rubio oscuro, mientras que Asha es la mezcla perfecta entre mi hermana, que tiene la piel clara como la mía, y Juma, que representa perfectamente sus orígenes keniatas.
Maya parece reflexionar sobre mis palabras, luego sacude la cabeza como para quitárselas de encima, se da la vuelta sin decir nada más y empieza a caminar por la 17th Street. Me quedo parado por un momento, viéndola alejarse, pero algo dentro de mí me impulsa a seguirla, a intentar disculparme por lo sucedido el día anterior.

– Maya –la llamo.
Se detiene y se vuelve. Por segunda vez, en cuestión de minutos, chocamos y otra vez, sin querer, poso mis manos en sus caderas. Nuestros ojos se encuentran en un brevísimo instante que, sin embargo, parece más largo de lo esperado. Pero cuando ella baja la mirada y se estremece, al ver mis manos sobre ella, dejo caer la presa y, a regañadientes, coloco un poco de distancia entre nosotros.

– ¿Cómo sabes mi nombre? No recuerdo habértelo dicho.
– No lo has hecho –confirmo, rascándome la nuca–. Lo leí en la etiqueta, ayer.
Retrocede un par de pasos y se ajusta la bolsa en el costado.
– ¿Antes o después de decirle a tu amigo que personas como yo te dan asco?
No espera mi respuesta. Me lanza una última mirada de desdén y vuelve a caminar, mientras yo la sigo, ya que el camino al trabajo es el mismo.

– No es exactamente lo que dije, cariño.
Maya se detiene otra vez, pero esta vez soy lo suficientemente rápido como para detenerme a tiempo. Ante su mirada amenazadora, levanto las manos en señal de rendición.
– Muy bien, ¿y ahora qué quieres?
– Nada –respondo con naturalidad.
– ¿Entonces por qué me sigues?
– Tal vez porque voy a dónde vas tú. –Levanta una ceja, sorprendida. Algo me dice que, a pesar de que trabajamos en el mismo lugar, no me había notado hasta ayer–. Con mi amigo, gestiono la cafetería del McNally Jackson Books.
Sus ojos verdes se abren un instante, su mirada delata una sorpresa que parece casi vergüenza.
– ¡Genial! –exclama con un sarcasmo que podría cortar el aire frío de esta mañana de

noviembre.
Sin añadir más, se gira bruscamente y continúa caminando. Me quedo embobado, pero me recupero cuando veo el semáforo a punto de ponerse en rojo para los peatones. Corro y la alcanzo, para luego caminar a su lado, aunque ella siga mirando al frente a pesar de haberse dado cuenta de mi presencia.

– Aprovecho para pedirte disculpas por lo que dije ayer –intento romper el hielo, aunque sé que probablemente es demasiado pronto para esperar una verdadera reacción positiva de su parte.
– Nadie puede darte lecciones de moral, yo menos que nadie. Pero, por lo que vale, el sentimiento es mutuo –afirma sin girarse, su voz fría y distante.
No puedo evitar sonreír. Hay algo auténtico en ella, algo que me gusta a pesar de nuestro inicio tormentoso.
– ¿Qué quieres decir? –le pregunto, curioso.
– Ni en sueños me complicaría con guapitos sin cerebro, aunque se acabaran todos los hombres del planeta –responde con tono cortante, pero no puedo ignorar el leve rubor que le colorea las mejillas justo después de decirlo.
– Acabas de llamarme guapito –le digo con una sonrisa pícara.
– Sin cerebro –replica de inmediato, aunque el rubor en sus mejillas aumenta.

Pocas personas logran ponerme a prueba, y esta es la primera vez que una mujer no intenta captar mi atención. La situación me intriga, aunque me recuerda que ella es “complicada”. No es el tipo para una aventura pasajera.
Durante todo el trayecto seguimos provocándonos, hasta que me doy cuenta de que hemos pasado el 134 de Prince Street.

– Ehm… Maya –la llamo, rozándole el brazo. Se detiene, confundida y un poco irritada–. Hemos pasado la librería –le digo, señalando la acera detrás de nosotros.
Se detiene, mira la calle y luego a mí. Parece dividida entre irritación y vergüenza, pero finalmente suspira.
– Me distrajiste –admite, con tono acusador.
– Lo siento –respondo con otra sonrisa–. No quería hacerte perder el camino.
Me mira, tratando de averiguar si soy sincero, luego se gira y vuelve a caminar hacia la librería. La sigo en silencio. El juego de provocaciones ha terminado, pero la tensión entre nosotros es palpable.
Frente a la librería, me apresuro a abrir la puerta como si fuera todo

un caballero y, con otra sonrisa, le pregunto:

– ¿Café invitado por la casa para disculparme?
La expresión en su rostro no deja dudas.
Es un no.

3

No sabría decir qué es peor de todo lo que ha ocurrido en los últimos días. Mi hermana decidió prolongar su estancia en Kenia, un intento desesperado de salvar su matrimonio, como le sugirió su terapeuta de pareja. Nadie, excepto yo, ni siquiera nuestros padres, sabe que está fuera y que la niña está conmigo. Asha, mi sobrina, me obliga a hacer incursiones constantes en la sección de narrativa infantil de la librería, arrastrándome allí casi todos los días. James, mi mejor amigo y colega, no pierde ocasión para burlarse de mí, divirtiéndose al señalar cada mínimo error o debilidad cada vez que nos cruzamos con la rubia de la librería.
¿Y yo? No he tenido sexo en casi dos semanas, lo cual es bastante frustrante en sí mismo.
Pero lo más desconcertante es Maya. Entre todas las mujeres con las que me cruzo a diario —y modéstamente, son bastantes las que frecuentan McNally Jackson Books o la cafetería—, Maya es la única que realmente logra despertar mi interés. A pesar de mi inclinación a coquetear y mi reputación de impresionar fácilmente, ella parece inmune. Es más, es la única que, cuando estamos en el mismo lugar, parece hacer de todo para evitarme, como si mi mera existencia fuera una molestia.
De todos modos, para no perderme nada, hoy, mientras Nueva York está llena de gente por el encendido del árbol de Navidad en el Rockefeller Center, tuve que acompañar a Asha —y quedarme con ella— a la fiesta de cumpleaños de un compañero de clase en FAO Schwarz, la famosa tienda de juguetes en pleno Rockefeller Plaza. Es el lugar perfecto para celebrar un cumpleaños, con su atmósfera de cuento de hadas y una multitud de juguetes listos para hacer brillar los ojos de cualquier niño.
Lo primero que pensé fue que los padres del cumpleañero no habían escatimado en gastos. Luego, sin embargo, cuando descubrí que el cumpleañero era Daniel Brown y vi quién era su padre, todo quedó más claro. Si fuera por Maya, seguramente bastaría una simple fiesta entre niños, pero el tipo que durante quién sabe cuánto tiempo fue su marido tiene escrito en la cara que es un niño rico que ni siquiera sabe lo que significa la sencillez. Al verlos juntos, aunque ella ha pasado todo el tiempo casi escondida en un rincón para mantener la distancia, todavía no puedo entender cómo alguna vez pudo interesarse en alguien tan vacío como él, casarse y hasta tener un hijo.

—Un centavo por tus pensamientos —le digo mientras apoyo la espalda contra la misma pared que ella parece estar sosteniendo sola desde el inicio de la fiesta.
Mientras tanto, los niños están todos alrededor del cumpleañero, que está abriendo sus regalos. Maya se vuelve y me mira arqueando una ceja.
—¿En serio, Christopher?
Le sonrío y ella, rápida, baja la mirada, pero no se me escapa el rubor en sus mejillas.
—Es la primera vez que pronuncias mi nombre —le hago notar.
—No te acostumbres —murmura, y vuelve a mirar a su hijo, que tiene una expresión radiante. —Hoy debería haber sido un buen día y, sin embargo… —Deja la frase en el aire.

—Daniel parece feliz —le hago notar.
—¡Sí! —Hay dolor en su mirada, como si tuviera miedo de que alguien pudiera arrebatarle a su hijo en cualquier momento—. Su padre es el número uno cuando se trata de comprar algo con su dinero. Cree que puede comprarlo todo, incluso la felicidad de las personas —se le escapa.
Estoy a punto de hablar, pero Daniel corre hacia nosotros agitando lo que descubro que son unos boletos para Disneyland.
—¡Mamá, mamá! —grita eufórico como solo un niño que ha recibido algo especial puede hacerlo—. Papá me llevará a Disneyland en Navidad.
—Pero...
El niño no le da oportunidad de replicar ni de oponerse, porque Maya tenía toda la intención de hacerlo. Daniel vuelve al grupo de sus amigos para seguir disfrutando de los regalos, mientras que la mujer a mi lado se aparta como un resorte, sin preocuparse más por mí ni por lo que parecía un momento de confianza entre nosotros. El primero. Bajando las defensas y dejando de lado reservas, antipatías y rencores.

4

Quisiera no mirarla, y sin embargo mis ojos la siguen y la vigilan al igual que hago con Asha. Después de todo, por más agotador que sea mental y físicamente estar pendiente de una niña, he descubierto que soy capaz de hacerlo, aunque nunca lo admitiré, especialmente ante mi hermana, para evitar que marcharse y dejarme todas sus responsabilidades se vuelva una costumbre.

Nadie parece preocuparse por Maya y el idiota que fue su esposo, que ahora, aparte y en voz baja, parecen estar discutiendo. Nadie excepto yo. Siento los músculos en tensión mientras entrecierro los ojos y aprieto las manos en puños. Me siento como un animal listo para saltar en un ataque. Sin embargo, la tensión abandona mi cuerpo tan pronto como Maya se gira, mira a su alrededor quizás buscando una vía de escape, y sus lágrimas no pasan desapercibidas, las veo incluso desde aquí. Busco a Asha con la mirada; está con otros niños y con ellos están las animadoras de la fiesta. En teoría, no era necesario quedarse como acompañante de los niños. Muchos padres, después de dejar a sus hijos, se fueron rápidamente, pero resulta que yo no soy el padre de Asha, así que mejor no quitarle la vista de encima nunca.

Vuelvo a buscar a Maya mientras agarro mi chaqueta y la intercepto antes de que pueda atravesar una de las puertas para salir de aquí.

—¡Maya!

Se detiene al sonido de mi voz. Estamos afuera, la temperatura es helada, y la multitud continúa fluyendo a lo largo de Rockefeller Plaza. Las luces del árbol de Navidad centellean sobre nosotros, creando un contraste con la creciente oscuridad de la tarde. Maya se detiene, se da la vuelta lentamente, y yo me acerco con cautela, buscando las palabras correctas.

—Deja de atormentarme, al menos tú, Christopher, por favor.

La rabia inicial ha sido reemplazada por el dolor; su autocontrol acaba de hacerse añicos. Se cubre el rostro con ambas manos para intentar ocultar una nueva ola de lágrimas que la hace sollozar.

Hasta ahora, nunca he tenido una relación seria, pero si hay algo que he aprendido, es que el instinto nunca miente. Claro, tal vez estar sola es lo que Maya desea, quizás más porque está acostumbrada a no poder contar con nadie, pero quiero creer que mi presencia no puede considerarse realmente una molestia.

—Sigo aquí —le digo mientras intenta mirar más allá de sus dedos.

Le sonrío y no le doy tiempo para suspirar; extiendo las manos y la abrazo.

—No deberías verme así —murmura, con la voz reducida a un susurro.

—¿Por qué no? —le pregunto, buscando su mirada.

—Porque no es propio de mí —responde con un hilo de voz, casi imperceptible. Da un paso atrás, pero aún estamos cerca. Me doy cuenta de inmediato de que es mejor restaurar la distancia correcta entre nosotros.

—Tranquila, prometo no contarlo —le digo con tono tranquilizador mientras ella se seca las lágrimas con una mano temblorosa. —¿Te gustaría hablar de ello?

—¿Eres terapeuta en tus ratos libres? —me responde con un toque de sarcasmo.

—No, pero dicen que hablarlo ayuda a sentirse mejor.

—Entonces no estás seguro —pongo una mueca, y por primera vez, una leve sonrisa aparece en su rostro. Dentro de mí, siento una sensación nunca experimentada, una especie de satisfacción mezclada con felicidad por haber logrado alejar su ceño fruncido. A nuestro alrededor, mientras tanto, la multitud que se mueve por Rockefeller Plaza, envuelta en abrigos gruesos y bufandas coloridas, parece casi danzar al ritmo de las canciones navideñas que se esparcen por el aire.
—Daniel debería pasar la Navidad conmigo y el Año Nuevo con su padre —suspira, mirando el árbol de Navidad que se alza sobre nosotros—. A veces parece un paquete postal que rebota entre nosotros, y es horrible. Me gustaría tanto poner un punto final a mi pasado, pero ¿cómo puedo hacerlo si en medio está un niño que me ata a él? De todos modos, Brian ha decidido llevarse a Daniel para Navidad y llevarlo a Disneyland, para luego dejármelo en Año Nuevo ya que tiene mejores cosas que hacer.
No sé bien qué decir; cualquier palabra podría ser errónea, así que me limito a un simple: —Lo siento.
—Créeme, Christopher... —Yo le creería de todas formas, aunque no sepa mucho sobre ella, pero de unos ojos tan bonitos y sinceros estoy seguro de que no pueden mentir—. Si dependiera de mí, Daniel se quedaría conmigo tanto en Navidad como en Año Nuevo, pero él es un niño, también necesita a su padre y se conformaría incluso con sus migajas. Pero Brian Brown simplemente no puede evitar ostentar sus riquezas y ser padre solo cuando le conviene.
A nuestro alrededor, la magia de la Navidad envuelve todo, pero el dolor de Maya es palpable. Las luces que decoran los escaparates, los sonidos de los cascabeles y el aroma a canela que flota en el aire parecen incapaces de aliviar su sufrimiento.
—Tarde o temprano, Daniel crecerá —me atrevo a decirle—. Y entenderá cómo funciona la vida.
—¿Y si todo lo que estoy haciendo con él está mal? Estoy tratando de criar a un futuro hombre que pueda ser mejor que su padre, pero... —Su voz se quiebra, y la detengo, colocando un dedo en sus labios cálidos y suaves. Maya abre los ojos y se abraza con más fuerza a sí misma, esforzándose por no bajar la mirada.
—Estoy seguro de que lo lograrás.
—Es difícil. —Siento que es la Maya que ha tenido que luchar por cada cosa en su vida quien habla ahora—. No tienes ni idea de mis sacrificios, y, aun así, nunca es suficiente. Siempre soy la divorciada con el hijo a cargo y luego...
El mundo a nuestro alrededor parece detenerse. Las luces del árbol de Navidad sobre nosotros brillan con una intensidad casi insoportable, como si intentaran compensar la oscuridad que veo en sus ojos. Las melodías navideñas, que antes parecían tan dulces, ahora son un eco distante, desdibujado, en comparación con el tumulto que siento en el pecho.
Existen muchas maneras de hacer callar a alguien, pero no estoy dispuesto a usar ninguna de las tradicionales. Su fragilidad, su fuerza oculta, todo en ella me atrae como un imán. Mi racionalidad se desmorona y ya no puedo contenerme, no puedo fingir más que no me importa. No importa si es correcto o incorrecto, si es el momento adecuado o si mañana me arrepentiré.
Me acerco, el corazón latiendo como si quisiera estallar. Le tomo el rostro entre las manos, siento su aliento cálido y tembloroso contra mi pulgar que roza su mejilla. Sus ojos se abren de par en par, incrédulos, pero no se aparta. Así que, sin más vacilaciones, sin más miedos, poso mis labios sobre los suyos.
Es un beso que contiene todo: mi deseo, mi rabia, mi compasión.
Es un beso que quiere borrar cada palabra de más, cada lágrima derramada, cada momento de

soledad.

5

"Todo está bien cuando termina bien."

Lástima que las cosas no siempre salgan según lo planeado, y esta Navidad es la prueba de ello.
Las fiestas están a la vuelta de la esquina, y la ciudad es un torbellino de luces, sonidos y aromas que llenan el aire de energía positiva y ganas de paz, de volver a ser mejores personas. Las calles están llenas de gente que se apresura a comprar los últimos regalos, y la librería es un refugio para muchos, un lugar donde buscar una novela para regalar o buscar un poco de calor entre las páginas de un libro o una pausa con una taza de café humeante. Es la época del año en la que el trabajo nos agota a mí y a James, los turnos se alargan y la multitud parece interminable. Pero en los años pasados, había algo especial en el aire, una especie de euforia contagiosa que me hacía soportar todo, incluso el peso de los días más duros.

Este año, sin embargo, todo es diferente.
La magia que alguna vez me hacía brillar los ojos parece haberse disuelto, dejando espacio a una melancolía que no puedo quitarme de encima.
Maya.
Ese beso, que se suponía sería el comienzo de algo nuevo, me ha dejado con más preguntas que respuestas. Me había ilusionado pensando que un gesto podía cambiarlo todo, pero me equivocaba. Las cosas no se resuelven con un simple beso, y la vida real no es un cuento de hadas donde todo se arregla con la magia de la Navidad. De hecho, desde aquella noche, Maya no me ha vuelto a dirigir la palabra, salvo un rápido saludo, y solo cuando el trabajo lo requiere. He intentado en varias ocasiones acercarme, encontrar el momento adecuado para hablar, pero siempre ha habido algo que se interpone, como si el destino hubiera decidido cambiar nuevamente sus cartas, volviendo a poner mis esperanzas de cabeza.
Y como si todo esto no fuera suficiente, mi hermana y su esposo han vuelto de su viaje a Kenia. Parecen más enamorados que cuando se fueron, como si hubieran recuperado esa chispa que creían perdida, y mi sobrinita amante de los libros, a la que había empezado a usar como excusa para frecuentar la librería sin parecer un acosador, ha vuelto a casa con sus padres.

James pasa una mano frente a mi cara.
—¿Otra vez en las nubes, Christopher? —murmuro una respuesta poco clara y vuelvo a cargar la lavavajilla con tazas, esperando parecer ocupado y evitar una nueva charla.
—¿Sabes qué significa esto, amigo? —insiste James, mientras un cliente se acerca al mostrador, interrumpiendo nuestra conversación momentáneamente.
Mi amigo es un maestro para recibir a los clientes y atender sus pedidos, pero luego vuelve a mí con las manos en las caderas, esperando una respuesta.
—¡Es culpa tuya! —sentencio con una nota de frustración.
James resopla y, con un gesto molesto, indica a la señora que acaba de acercarse a la caja que espere un momento.

—Vaya, parece que siempre es culpa mía cuando se trata de Maya —exclama con un tono severo pero afectuoso—. Quiero admitir simplemente que te gusta, aunque tenga un pasado y un presente un poco más complicados que el de cualquier otra, no te haría un perdedor, ¿sabes? Uno siempre puede cambiar de opinión.
Retrocede mientras me mira, y distraídamente toma la tarjeta de crédito de la clienta y, justo después de ella, atiende a otra.
—Decir que me gusta es quedarse corto —admito cuando regresa.
James levanta una ceja y yo suspiro profundamente.
—Espera. —Me mira con atención, su sonrisa se ensancha—. Pero no me digas…
—De hecho, no te diré nada más —respondo, intentando alejarme, pero James es implacable.
—¿Te has enamorado de ella? —pregunta con un tono que mezcla sorpresa y curiosidad.
—¡Claro que no! —respondo, pero mi intento de defenderme es en vano. No estoy ni siquiera seguro de lo que me está pasando. Lo cierto es que ya no soy el mismo de hace mes y medio.
—¿Quieres un consejo, Christopher? —me replica James.
—¿Un consejo? ¿De ti? —pregunto con una sonrisa forzada.
—Entre tú y yo, ahora mismo, el que tiene más juicio soy yo, además de estar más lúcido y no cegado por la belleza de cierta rubia que, precisamente ahora, está por llegar aquí para su almuerzo junto a su colega. —Quisiera no ceder a la tentación de girarme y admirarla, pero es exactamente lo que hago, bajo la mirada divertida de James—. Inténtalo. Invítala a salir.
—Me detesta —le recuerdo.
—Te detesta tanto que cada vez que te ve, es evidente que un solo beso no le ha bastado —James me lanza la realidad a la cara con cierta dosis de fanfarronería—. Al igual que a ti, por cierto.
A este punto, solo me queda decidir si seguir el consejo de James o seguir atrapado en mi tristeza navideña.

6

Entre las tradiciones que respeto cada año está la de terminar de comprar los regalos de Navidad el día de Nochebuena. Este año, el regalo para Asha se ha quedado en espera hasta el último momento. Normalmente, pido consejo a mi hermana para asegurarme, pero esta vez, después de haber cuidado de la niña durante casi un mes, estoy convencido de saber qué elegir. Aun así, necesito ayuda.

—Maya —la llamo con voz entrecortada, después de haber dejado a James solo tras la barra del café y de haberla buscado entre los pasillos.

La librería está casi vacía, envuelta en una atmósfera cálida e íntima, con las luces navideñas brillando entre los estantes, reflejándose en las portadas de los libros. Estamos a punto de cerrar y todos están listos para volver a casa a celebrar con sus familias o amigos.

Ella se sobresalta al oír mi voz, pero antes de que pueda alejarse, insisto: —Necesito tu ayuda. Sé que están a punto de cerrar, pero tengo que comprar algunos libros para Asha como regalo de Navidad.

Maya me lanza una mirada entre molesta y divertida, pero no logra ocultar una sonrisa.

—Otros dos minutos y tu sobrina se habría quedado sin regalo —me señala.

—Lo sé, pero resulta que conozco a una librera preciosa y muy amable que, aunque me deteste, estoy seguro de que me ayudará. —Ella pone los ojos en blanco, pero el rubor en sus mejillas es inconfundible. —Así, mi sobrina tendrá su regalo y yo… también.

—¿Qué quieres decir? —pregunta, intentando mantener un tono distante. Mientras tanto, se mueve entre los estantes de literatura infantil, rozando suavemente las coloridas portadas.

—Significa que tengo una excusa para estar cerca de ti y hablar contigo —confieso, sintiendo una mezcla de tensión y esperanza.

Maya se detiene, suspira profundamente y luego se vuelve hacia mí.

—Christopher —me llama con dulzura en su voz—, pensé que había sido clara.

—Oh, claro, si por “clara” quieres decir que has fingido no verme y apenas saludarme.

Ella baja la mirada, luego la levanta, decidida.

—No es cierto que te detesto —admite, con un ligero temblor en la voz, mientras sostiene en sus manos los tres libros que ha seleccionado para mi sobrina.

Me observa, esperando que diga algo, pero las palabras parecen escaparse. Al final, Maya me indica la caja. La sigo mientras mi cerebro busca frenéticamente las palabras correctas para decirle. Pago la cuenta y ella envuelve los libros con cuidado, finalmente entregándome una bolsa de cartón con una sonrisa melancólica.

—Aquí tienes —dice, esforzándose por mantener la mirada en alto—. Feliz Navidad, Christopher.

No, no me voy a quedar así. Este es el momento adecuado; no puedo dejarlo escapar. Cada minuto que dudo es un minuto perdido, un minuto sin Maya.

—¿Tienes planes para hoy? —le pregunto de repente.

—¿Hoy? Es Nochebuena —responde, como si fuera obvio y evidente.

—¿Tienes planes? —repito, mientras le tomo una mano, a pesar de que el mostrador nos separa.

Maya se sobresalta un poco, pero no rechaza mi gesto. Aprieto su mano con más fuerza.
—Daniel está con su padre. ¿Recuerdas lo de Disneyland? —responde en un susurro apenas audible.
—Perfectamente —le digo—. ¿Y tú?
Imagino que tendrá una familia o amigos con quienes pasar las fiestas, pero Maya hace una mueca amarga.
—Prefiero quedarme en casa sola —admite, apartando sus ojos vidriosos de los míos.
Su dolor es real, como una nube que pesa sobre el aire festivo.
—Celebra conmigo —le digo con determinación. Ella me mira, sorprendida—. Puedo llamar a mi hermana y decirle que agregue un lugar más en la mesa.
—¿Te has vuelto loco? —responde con un tono de incredulidad.
—Vale, sin cena familiar —replico rápidamente.
—¿Cómo?
—Vamos a algún lugar —propongo, sintiéndome eufórico. Su expresión de sorpresa me da esperanza—. Tú y yo. Solos.
—¿Tú y yo? —repite, como si no pudiera creer lo que escucha—. Pensé…
No la dejo continuar, intuyendo a dónde quiere llegar.
—He sido un idiota —le digo, y, dejando a un lado la bolsa del regalo de Asha, tomo ambas manos suyas, sosteniéndolas entre las mías—. Soy un idiota —me corrijo.
—Sí, un poco lo eres —admite con un ligero tono irónico.
—Pero hasta los idiotas pueden recuperar la razón, ¿no? ¿Y si te dijera que he cambiado de idea y forma de ver las cosas?
Su sonrisa desaparece rápidamente, dejando paso a una seriedad que me pone en alerta.
—Christopher, no sé qué idea tienes de mí. Es cierto, tengo un matrimonio fallido y tengo un hijo, que es lo más importante de mi vida. Pero también tengo un trabajo, una independencia económica. Daniel tiene un padre, aunque sus métodos sean discutibles… No necesito a alguien que me recuerde cada día las razones por las que no debería sentirme orgullosa de mis decisiones.
—Maya —intento interrumpirla, pero ella está decidida a desahogarse.
—Muchos piensan como tú. Tal vez estar con alguien como yo sea más complicado y…
—A mí me gustan las cosas complicadas —le digo con convicción—. ¡Y me gustas mucho! No hago más que pensar en ti.
Mi confesión le colorea las mejillas de un rojo aún más intenso, haciéndola hermosa en su dulce incomodidad. Llevo una de sus manos a mis labios y deposito un pequeño beso en el dorso, dejándola sin aliento.
—Christopher —susurra, su tono es una mezcla de sorpresa y confusión.
Miro a mi alrededor y veo pequeños ramos de muérdago falso en el expositor cerca de la caja. Sonrío, agradeciendo al destino. Tal vez, él también ha cambiado de idea, al igual que yo, y parece dispuesto a hacerme un regalo esta Navidad. Tomo un ramito de muérdago con una mano, mientras con la otra sigo sosteniendo la suya, levantándolo sobre nuestras cabezas. Maya, sorprendida, levanta la mirada, observando primero el muérdago y luego a mí.
—Dime que sí —le suplico—. Pasa esta Navidad conmigo.
—Ni hablar de que vaya a la cena de tu hermana —exclama.
Sus palabras me llenan de alegría: acaba de rechazar el evento familiar, pero no la idea de pasar las fiestas conmigo, donde sea.

—Perfecto, después de todo estamos en Nueva York y es Navidad —digo divertido—. Cada rincón de la ciudad está lleno de magia navideña en esta época. Podemos ir a patinar al Central Park, dar un paseo por Times Square o perdernos entre las luces de Dyker Heights. O…
Dejo la frase en suspenso con un aire travieso, mordiéndome la lengua.
—¿O? —pregunta, intrigada.
—Mi casa. —Maya me mira de reojo—. ¿Qué pasa? ¿Por qué esa cara? Mentiría si dijera que no muero de ganas por llenarte de besos. Y te recuerdo que es Navidad, todos son más buenos y no mienten.
Sonríe, y está bellísima. Agito el muérdago sobre nuestras cabezas, haciéndole un gesto con la cabeza, dando a entender que espero su respuesta.
Maya suspira, pero es solo una actuación.
Luego, con un gesto lleno de dulzura y determinación, se acerca a mí, se pone de puntillas y posa sus labios sobre los míos.
Y es un sí inmediato.
Un sí que sabe a promesa, a posibilidad, a una Navidad que será realmente mágica y menos complicada.

Agradecimientos

Queridos lectores,
Gracias de corazón por elegir leer *Un Navidad complicado en Nueva York*. Este relato nació de una chispa de inspiración y ahora llega a ustedes con la esperanza de acompañarlos en un pequeño viaje de emociones y magia navideña.
Deseo que la historia de Christopher y Maya toque sus corazones y les regale un momento de calidez y reflexión. ¡Gracias por cada página que leen y por apoyar a esta historia!